

CARACTERÍSTICAS Y PRESUPUESTOS DEL ASESORAMIENTO FILOSÓFICO – ENFOQUE SAPIENCIAL (AFS)

«Según la concepción escolástica de la filosofía, la filosofía es el sistema de los conocimientos filosóficos o de los conocimientos racionales alcanzados a partir de conceptos. Según la concepción universal, en cambio, *la filosofía es la ciencia de los fines últimos de la razón humana*. Esta sublime concepción otorga dignidad, es decir, un valor absoluto, a la filosofía. Pues esta ciencia es realmente la única que tiene un valor intrínseco, y es la que otorga valor a todos los restantes saberes.

[...] En el sentido escolástico del término, la filosofía tiene que ver únicamente con habilidades; según su concepción universal, tiene que ver con la utilidad. En el primer sentido, es una enseñanza de destrezas; en el segundo, es una enseñanza de la sabiduría, es la legisladora de la razón. El filósofo, en este último caso, no es un “técnico de la razón”, sino un legislador.

El “técnico de la razón”, el *filodoxo*, como Sócrates lo denomina, solo aspira al conocimiento especulativo, sin considerar de qué modo los conocimientos filosóficos sirven a los fines últimos de la vida humana. Da reglas para un uso de la razón orientado a la consecución de todo tipo de fines arbitrarios. En cambio, el filósofo práctico o el sabio, quien es maestro de sabiduría tanto por su enseñanza como por su ejemplo, es el verdadero filósofo en el sentido genuino de esta palabra. Pues la filosofía es la perfecta sabiduría que nos revela cuáles son los fines últimos de la razón humana» (Immanuel Kant, *Lógica*).

¿Por qué «sapiencial»?

Hay formas diversas de entender y de practicar el asesoramiento filosófico. No todos los filósofos asesores compartimos los mismos enfoques, métodos y presupuestos. Denominamos a nuestra particular concepción del asesoramiento filosófico y a nuestro método «enfoque sapiencial».

¿Qué características especifican el enfoque «sapiencial»?

— Este enfoque parte de una *concepción amplia del término filosofía* según la cual esta no equivale únicamente a la historia del pensamiento occidental, sino que abarca también el pensamiento radical y crítico de otras culturas. Si bien puede ser objeto de polémica si ciertas acepciones estrechas del término «filosofía» tienen, o no, un alcance intercultural (por ejemplo, la «concepción escolástica» de esta disciplina descrita por Kant en la cita que encabeza este apartado), no sucede así con la acepción amplia de dicho término, la que lo hermana estrechamente con el de «sabiduría». Hoy en día la interculturalidad del pensamiento es una exigencia si no queremos incurrir en el

«provincianismo» cultural. En esta línea, resulta particularmente enriquecedor el diálogo de la filosofía occidental con las tradiciones orientales de sabiduría.

— Según esta concepción amplia de la filosofía —más respetuosa con el sentido originario de esta actividad—, esta *conciene tanto al ejercicio de las facultades discursivas como contemplativas*. El AFS retoma el sentido originario del término *theoría* para el pensamiento antiguo: contemplación, mirada directa, atenta y desinteresada; un sentido muy alejado del que la ha llegado a identificar con una cierta construcción intelectual. El diálogo filosófico no es solo un espacio de indagación racional, sino también de toma de conciencia y de discernimiento contemplativo, de ejercitación en la capacidad de estar lúcidamente presente en un estado de «conciencia sin elección» (Jiddu Krishnamurti).

Este diálogo indisociablemente indagativo y contemplativo distingue este enfoque de aquellos que identifican, en buena medida, el método del AF con el denominado «rational thinking»: el ejercicio del pensamiento discursivo entendido exclusivamente como deducción sustentada en las leyes de la lógica y de la probabilidad.

— El AFS entiende que solo cabe denominar a un enfoque «filosófico» cuando cumple con la exigencia de *radicalidad*, cuando concierne a las denominadas cuestiones últimas, como, por ejemplo: quién soy yo (no cómo soy yo), dónde radica mi verdadero bien, cuáles son los fines últimos de la vida humana, cómo me sitúo ante el mundo como un todo, etcétera.

Esto aparta esta concepción del AF de aquellos enfoques en los que el filósofo aborda los asuntos planteados sin rebasar el sentido común y sin radicalidad filosófica: sin sacar a la luz la filosofía personal del consultante en lo que concierne a las señaladas cuestiones últimas y sin llevar a cabo una indagación filosófica al respecto.

— Uno de los objetivos centrales del AFS es el *conocimiento de sí mismo* entendido como un conocimiento de alcance no meramente psicológico sino ontológico. El AFS parte del supuesto de que el asesorado es alguien cuya identidad central en ningún caso puede definirse por sus contenidos, procesos o estados mentales; de que, en su más íntimo centro, es más originario y potencialmente más fuerte que sus condicionamientos ambientales, biológicos y psicológicos. El filósofo asesor invita a su interlocutor a reconocer vivencialmente ese centro incondicionado y libre, a establecerse en ese fondo lúcido más originario que sus contenidos psíquicos cambiantes.

— El AFS parte de que la filosofía es, y ha de ser, operativa, es decir, de que *la comprensión filosófica es intrínsecamente transformadora*, de que no hay más fuente de transformación radical que el incremento de nuestra conciencia. No hablamos de que la comprensión sea un medio para la transformación, pues la comprensión filosófica es siempre un fin en sí. Aludimos a un tipo de comprensión que es en sí misma, siempre, transformadora y liberadora. Por eso, el indicio de que esta comprensión ha tenido lugar es la transformación profunda: creciente autenticidad, libertad interior, serenidad lúcida, coincidencia con uno mismo, superación del sufrimiento evitable, etcétera.

— El AFS *busca educir la sabiduría interna latente* en el consultante a través de un diálogo mayéutico que se orienta a favorecer su comprensión autógena.

Se diferencia, por tanto, de los enfoques en los que el asesor ofrece unilateralmente consejos o respuestas como si estas pudieran suplir las comprensiones que el consultante alcanza por sí mismo —las únicas que son realmente suyas y que le permiten ir un paso más allá con respecto a su nivel de conciencia actual—.

— Como hemos apuntado, este enfoque considera que *la comprensión filosófica es un fin en sí*, que no es instrumentalizable, como no lo es el amor a la verdad. Por otra parte, reconoce que solo aquello que posee un valor absoluto y es un fin en sí mismo posibilita la realización de los fines últimos de la vida humana y nos permite alcanzar la plenitud que nos es propia.

Esta concepción del AF se aparta, por tanto, de la que instrumentaliza la reflexión filosófica a la mera resolución de problemas o a la consecución de objetivos particulares, de cualquier fin u objetivo deseado por el consultante.

Presupuestos filosóficos latentes en este enfoque

— Tomar conciencia, «ver», no equivale a pensar. Una cosa es la atestiguación fenomenológica, y otra el análisis. Una cosa es el contacto espiritual inmediato con ciertos contenidos profundos, y otra el pensamiento discursivo. La actividad filosófica concierne tanto al conocimiento contemplativo como al discursivo, estando siempre este segundo modo de conocimiento enraizado en el primero y subordinado a él.

— El ser humano no se agota en su dimensión psicofísica. Esta queda integrada en una dimensión superior, una instancia no simétrica frente a la anterior y libre frente a ella. Este nivel superior de la estructura humana jerarquizada, que subordina e integra lo psicossomático, ha sido reconocido por numerosas tradiciones sapienciales. Así, por ejemplo, para buena parte de la filosofía antigua de Occidente el binomio *psique-soma* no agota la identidad del ser humano; lo que especifica a este último es el *nous*. Esta estructura ontológica trina, reconocible fenomenológicamente, presupone la irreductibilidad de lo superior a lo inferior, de dicho principio espiritual incondicionado y libre frente a la facticidad psicofísica. La falta de conciencia de esta jerarquización es, de hecho, fuente de desórdenes.

— Toda persona tiene dentro de sí, potencialmente, la sabiduría profunda y los recursos que necesita para su pleno desenvolvimiento. El enfoque mayéutico presupone, por parte del filósofo, la confianza en este fondo inteligente y benéfico, en esta sabiduría latente que es preciso por parte del filosófico asesor educir, y por parte de su interlocutor «recordar» (Sócrates). El desarrollo de la confianza básica en el fondo de la realidad es uno de los objetivos y de los pilares fundamentales del proceso de AFS.

— Como se deduce de lo anterior, el proceso de crecimiento y maduración de cada ser humano es absolutamente singular, merece un respeto absoluto y no ha de adaptarse forzosamente a ningún modelo, cauce o ritmo impuesto desde del exterior.

— Detrás del sufrimiento mental evitable hay ignorancia existencial. En consecuencia, lo que libera interiormente es la comprensión, la toma de conciencia. En

otras palabras, nuestros hábitos de conducta y de emoción problemáticos ocultan juicios sobre la realidad. Como afirma Spinoza, siguiendo en este punto al pensamiento estoico, las pasiones (nuestros afectos e impulsos desordenados) son, en último término, errores de juicio.

— Por consiguiente, es nuestra mirada, y no nuestra voluntad, la que precisa ser corregida. La voluntad humana se orienta siempre, estructuralmente, hacia lo percibido como un bien. Aunque nuestras conductas *objetivamente* nos perjudiquen, a través de ellas siempre buscamos algo que *subjetivamente* percibimos, en algún nivel de nosotros, como benéfico. En lo relativo a la conducta humana, bien y mal equivalen a verdad y error.

Por tanto, todo comportamiento humano es comprensible, es decir, tiene un sentido y una razón de ser, a la luz de la filosofía personal (concepciones sobre uno mismo y sobre la realidad) que lo genera. Que sea comprensible no significa que sea justificable, es decir, moralmente aceptable, ni implica negar la responsabilidad de cada cual por sus acciones.

— Existe una «filosofía experiencial» perenne. Esta filosofía experiencial no equivale a ninguna cosmovisión particular, pues atañe a vivencias preñadas de conocimiento que pueden articularse e insertarse dentro de distintas cosmovisiones. No es dogmática, pues concierne a intuiciones operativas que toda persona puede confirmar en su propia experiencia. Por ejemplo, la distinción estoica entre «lo que depende de nosotros» y «lo que no depende de nosotros» es directamente reconocible en la experiencia de cada cual, sin que ello conlleve necesariamente asumir en su totalidad el pensamiento estoico. Algo análogo cabe decir de la intuición estoica del Principio rector: tiene un referente fenomenológico claro y reconocible (es la instancia interior que nos permite adoptar una actitud u otra ante los acontecimientos), sin que dicho reconocimiento implique asumir íntegramente la antropología estoica.

Del mismo modo, hay una «metafísica experiencial», una experiencia del ser y de la dimensión absoluta de la realidad, que es independiente y más originaria que todo posicionamiento y articulación teórica al respecto. El reconocimiento de esta metafísica experiencial es compatible con la convicción de que la razón discursiva es local, culturalmente relativa, y, por ello, solo accede a perspectivas parciales (lo que cuestiona cualquier sistema teórico que aspire a tener un alcance objetivo, universal y absoluto, como con frecuencia ha pretendido la metafísica teórica).

Principios que guían el ejercicio del AFS y que se derivan de estos presupuestos

— El objeto del AFS es la «filosofía operativa» del consultante, es decir, la filosofía que concierne a su ser total, a su persona integral, al pensamiento no dissociado de sus actitudes, conductas y emociones.

— El proceso de AFS es una constante invitación a que el asesorado asuma su «mayoría de edad» del pensamiento (Immanuel Kant). El asesor busca propiciar en todo momento la confianza del asesorado en sus recursos internos, en sus propias

comprensiones, en su ritmo natural. El criterio de validez de cuanto se concluye en la consulta radica en la comprensión, la visión y la experiencia del asesorado. Incluso las «opiniones verdaderas» que este pueda asumir del filósofo son contraproducentes si sustituyen u obstaculizan su proceso de comprensión autógena, el que le lleva a sentir que lo que se lleva del diálogo filosófico lo ha visto por sí mismo, forma parte de sí y, por tanto, no lo puede perder.

— Tan importantes como los contenidos que están en juego en el diálogo filosófico son las actitudes que se movilizan y se encarnan en él (por ejemplo, una actitud sincera por parte del filósofo de confianza en el fondo del asesorado). La eficacia del proceso de AFS es directamente proporcional a la congruencia existente entre las comprensiones que alumbra el diálogo y las actitudes que encarna el filósofo asesor, lo cual solo es posible en la medida en que el filósofo haya experimentado de forma sostenida la capacidad transformadora de la filosofía.

— El proceso de AFS no solo invita a sacar a la luz ideas y a discernir contenidos mentales, sino, además, a reconocernos más allá de todo contenido de conciencia particular, a situarnos en nuestro «fondo insobornable» (Ortega y Gasset). De hecho, sin esta instalación, el ejercicio del pleno discernimiento no es posible porque la identificación con los propios contenidos de conciencia imposibilita tener sobre ellos una mirada objetiva y desinteresada.

Esto último está en relación con una actitud básica que el AFS busca promover en el asesorado: el amor desinteresado e incondicional por la verdad, por la realidad, que conduce a no instrumentalizar la comprensión filosófica a la obtención de beneficios o ventajas.

— Todo lo dicho supone una concepción específica de la neutralidad del filósofo asesor. Esta no equivale, como algunos proponen, a hacer meras preguntas eludiendo formular un pensamiento propio (lo que, además de proporcionar una dudosa ayuda, lejos de ser neutral presupone ya todo un posicionamiento filosófico con respecto a las posibilidades humanas del acceso a la verdad). La neutralidad del filósofo asesor viene dada por lo que acabamos de señalar: en primer lugar, porque busca favorecer en el asesorado un proceso de comprensión autógena, de modo que la autoridad última para él sea su propia visión, y porque se adapta a su ritmo natural de comprensión y maduración; en segundo lugar, porque el filósofo articula intuiciones propias de esa filosofía experiencial que no es ideológica ni dogmática y que puede resultar relevante y elocuente para individuos con cosmovisiones dispares.

— Al filósofo asesor no le compete transmitir doctrinas filosóficas. Desde este supuesto, el interés que para la práctica del filósofo asesor pueda tener una enseñanza filosófica no radica en lo que tiene de teoría sobre el ser humano y sobre la realidad, sino en lo que en ella hay de directamente vivencial, empírico y operativo. No radica en lo que tiene de contenido teórico (incluso las conclusiones experienciales a las que han accedido otros son, para quien no las ha alcanzado, contenido teórico), sino en lo que tiene de herramienta favorecedora de la comprensión filosófica de cada cual.

— El proceso de AFS no trata meramente de clarificar ideas y de indagar en ellas, sino, ante todo, de propiciar comprensiones transformadoras, experiencias preñadas de conocimiento, estados de ser, nuevas formas de sentirse instalado en uno mismo y en el mundo. Sin esta cualidad «sentida» no hay verdadera comprensión.